Miedo

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el
Cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro

¿cómo juega en
las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta…
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La subirían al trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla…
¡Yo no quiero que a
mi niña
me la vayan a hacer reina!

Impreso en Bogotá

Sonetos de la muerte
y otros poemas
Gabriela Mistral
(1889 - 1957)

I

Del nicho helado en que
los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra
humilde y soleada.
Que he de dormirme en
ella los hombres no
supieron,
y que hemos de soñar
sobre la misma almohada.

arrastrando su masa por
la rosada vía,
por donde van
los hombres contentos
de vivir…
Sentirás que a tu lado
cavan briosamente,
que otra dormida llega
a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan
cubierto totalmente…
¡y después hablaremos
por una eternidad!

Sólo entonces sabrás
el por qué no madura,

y qué sombra tan amante
sus aleros van a dar?

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de cansar
con las frutas y las frutas
que son mil y que
son más.

O mejor te haré tapices
con la juncia de trenzar;
o mejor tendré un molino
que te hable haciendo
el pan.

Obrerito

Madre, cuando sea grande,
¡ay…, qué mozo
el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el zonda al herbazal.

O te acostaré en las parvas
o te cargaré hasta el mar
o te subiré las cuestas
o te dejaré al umbral.

¿Y qué casal ha de hacerte
tu niñito, tu titán,

para las hondas huesas
tu carne todavía,
tuviste que bajar,
sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona
de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra
alianza signo de astros
había
y, roto el pacto enorme,
tenías que morir…

Te acostaré en la tierra
soleada con una
dulcedumbre de madre
para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse
suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo
de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando
tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve
polvareda de luna,
los despojos livianos irán
quedando presos.

Piececitos

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;

o le hundes en el largo
sueño que sabes dar!

»¡No le puedo gritar,
no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro
viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos
o le siegas en flor».

Se detuvo la barca rosa
de su vivir...
¿Que no sé del amor,
que no tuve piedad?
¡Tú que vas a juzgarme,
lo comprendes, Señor!

III

Malas manos tomaron
tu vida desde el día
en que, a una señal de
astros, dejara su plantel
nevado de azucenas.
En gozo florecía.
Malas manos entraron
trágicamente en él...
Y yo dije al Señor:
«Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada
que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas
manos fatales

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

Cuenta, cuenta
las ventanas
y las puertas del casal;
cuenta,
cuenta maravillas
si las puedes tú contar...

Me alejaré cantando mis
venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor
recóndito la mano
de ninguna
bajará a disputarme
tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se
hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo
que no quiere seguir